



LA CASITA SIN TEJADO

Ilustraciones: Eduardo Zapirain

Emery Mugika

Daniel miraba a su abuela pensativo. Para sus nueve años, su abuela, era una señora mayor, muy mayor... Creía que ya no servía para nada. El la comparaba con su perro cuando se hizo viejo. Su padre siempre decía cuando miraba a Dick: "no sirve para nada, es mejor que se muera", y ahora su abuela es muy vieja.

La abuela leyó, mejor dicho, intuyó que el niño le estaba dando vueltas a algo, pues, desde hacía rato, la miraba con los ojos fijos en ella sin tan siquiera pestañear:

- ¿Ocurre algo Daniel?.
- Mira abuela, quisiera que me dijese para qué sirves, pues.... Estás tan vieja, tan vieja como Dick, y papá ya sabes lo que decía de él.
- Claro que soy tan vieja como Dick. Yo diría que mucho más vieja.
- ¿Más vieja que Dick?. No puede ser, estaba casi ciego.
- Sí Daniel, más vieja que tu perro fiel, y a tu pregunta de que para qué sirvo, la verdad es que no sé para qué, pero..... quizá te cuente un cuento y puedas entender algo.
- Sí abuela, cuéntame. Tus cuentos siempre son bonitos.
- ¡ Hala, siéntate a mi lado y escucha!.

Daniel arrastró la banqueta hasta colocarse delante de ella, y apoyando la cabeza sobre sus manos, se preparó para escuchar una vez más uno de tantos cuentos inventados por su abuela.

Había una vez un pueblecito en lo alto de la montaña rodeado de bonitas casas. Todas estaban tan limpias

y blanquitas que parecían que estaban preparadas para alguna fiesta. Y un poco más lejos de todas ellas, había otra casita de piedra. Todos los del pueblo la conocían, pues hasta sus padres y sus abuelos, hablaban de ella antaño.

- ¿Qué quiere decir antaño?.
- Pues que hacía muchos años habían vivido otras personas y, también entonces, estaba la casita. Había sido una casa fuerte, regia. Estaba hecha toda ella de piedra.
- ¿Es buena la piedra para las casas?.
- Lo mejor.
- Y, entonces, ¿de qué estaban hechas las demás?.
- De ladrillo barato. Cada vez que en el pueblo había fuertes vientos o espectaculares tormentas, todos corrían a cobijarse a la casa del río. La llamaban así porque cerca de ella pasaba uno.

Pasaron mucho años.

- ¿Más de los que tenía Dick?.
- Muchos más, como treinta o cuarenta vidas de Dick.
- Puesya tenía que ser vieja la casa. ¿Y qué le pasó, abuela?.
- Que de tan vieja que era se empezaron a caer las paredes de dentro de la casa, las ventanas, las puertas y ya nadie venía a cobijarse donde ella cuando había tormenta. Tenían miedo de que sus paredes se cayeran encima de ellos.
- Huy...ten cuidado abuela, ¡no te caigas encima de mí y me aplastes!.
- Igual, igual....
- No importa, yo soy fuerte y te sujetaré con estos brazos como hacía con Dick.

- Gracias. Sé que me cuidarás.

Cuando llegaba la noche y todos dormían, las casas hablaban entre ellas.

- ¡Abuela!. ¿Cómo van a hablar las casas?. ¡Que tengo nueve años!.

- Todo el mundo se comunica con sus iguales. Claro que, de otra forma que tú y yo.

Todas las noches, las casas bonitas hablaban entre ellas y se reían de la casa vieja.

Daniel se quedó pensativo con la mirada fija.

- ¿Ocurre algo "titi"?

- Abuela, nosotros también nos reímos de Juanito, le llamamos el tonto.

- ¿Y eso?.

- Es que es un poco torpe y no entiende nada.

- Y, ¿te has dado cuenta de que él no tiene la culpa de haber nacido así, y sin embargo, vosotros sí sois los que estáis haciendo que él no se acepte como es?. Eso es muy triste....Bueno, sigo con el cuento.

Decían de ella: ¡fijaros, dicen que era la más hermosa del entorno y, miradla ahora, se le cae todo. No sirve para nada.

La casita vieja les escuchaba y nos les hacía caso. Sabía que, tarde o temprano, a ellas les había de ocurrir lo mismo y mucho antes que a ella pues, ella, había tenido unos buenos cimientos.

- ¿Qué son cimientos?

- La base para ser fuerte.

- Abuela, ¿yo también me voy a hacer viejo y se me va a poner el pelo blanco como a ti?.

- Claro que sí, y antes de lo que tú te crees. Eso si llegas a viejo.

- Llegaré porque, fíjate qué fuerte soy. Sígueme contando el cuento. ¿Qué le pasó a la casita?.

Pues que no les hacía caso porque siempre había vivido libre y feliz, y nunca le había importado lo que pensaban aquellas casitas tontas. Y un buen día pensó: "Ya nadie viene a cobijarse dentro de mí, tienen miedo de que me caiga encima de ellos. Pero ya es hora de que me sacuda el pelo". Entonces, un día que hacía mucho viento, dejó que todo su tejado viejo volase por el aire, y se desembarazó de todo el peso que siempre había llevado sobre su cabeza, y se quedó, sólo, con las cuatro paredes de piedra

y, al momento, sintió un gran libertad pues, veía todo más claro. Incluso las montañas le parecía que estaban más cerca de ella.

A la mañana siguiente, todos en el pueblo comentaban que la casa del río estaba que daba pena, y sus compañeras, las casitas nuevas, se rían de ella más que nunca y gritaban : ¡ahora sí que no sirve para nada, ya no tiene ni tejado!

Pero, a ella, nada le importaba. Se sentía fresca y ligera sin el peso de tanta teja.

Pasaron los días y ya todo el mundo se acostumbró a ver a la casita vieja de aquella forma tan graciosa, y ya nadie la miraba. Pero, surgió que, como la casita no tenía tejado, cada vez que llovía entraba el agua por todos los lados mojando todo el interior de la casita que, antes siempre estaba seca.

- ¿Pasaba frío la casa, abuela?

- No lo sé. Pero lo que sucedió es que, al mojarse tanto el interior, empezaron a nacer toda clase de pequeñas hierbas así como ramitas diminutas.

- ¿Dentro de la casa?

- Claro. No olvides que no tenía tejado y, con la humedad y el sol que entraba, todo cobraba vida. A la casita eso la tenía entretenida, pues veía que dentro de ella, estaban cobijándose otros seres. Ya no eran hombres pero, ¡qué más daba!. Era vida.

Y un día, cuando andaba mirando las plantas vio que, en el centro, asomaba justo un poco más alta que las demás, una ramita. Ella conocía de qué familia era aquel tipo de rama, y no tenía la menor duda, de que se haría un árbol frondoso y grande. Entonces, habló con aquella diminuta ramita.

- Abuela, ¡qué mentiras me cuentas!. ¡Hablar con la ramita!.

- Pues, habló, aunque no te lo creas. La ramita era tan enclenque que casi no podía respirar.

- ¿Igual que cuando yo cojo catarro?.

- Igual.

Pero, estaba tan débil, que no podía crecer. Hizo un esfuerzo la casita y le susurró a la ramita: "tranquila, yo te voy a proteger y mimar, y verás cómo pronto serás robusta y fuerte".

- Le cuidaría como lo hace conmigo la amá.

- Sí, eso mismo, con el mismo cariño y amor.

La pobre ramita ni la escuchó, pues no podía ni tan siquiera mover sus pequeños bracitos.

- ¿Pero, los árboles tienen brazos?. Este cuento es como para Ana, que se lo cree todo.

- ¿Y qué crees que son las ramitas?, sus brazos.

- Los árboles tienen muchas ramas, y nosotros sólo tenemos dos brazos.

- Déjame que te cuente el cuento.

El árbol, como te he dicho, no podía casi moverse, y menos, respirar. Pero la casita le hablaba y le daba ánimos porque, el arbolito, era muy quejica. No hacía más que llorar y compadecerse de sí mismo, y eso no le dejaba crecer.

- ¿Qué es compadecerse de uno mismo?.

- Pues tenerse pena de lo que a uno le pasa.

- Y, ¿eso es malo?, dijo pensativo el muchacho.

- Lo peor que le puede pasar a uno. Hay que aprender a apegarse con lo que nos toca: si eres alto, alto; si eres débil, débil; si eres bajito, bajito. Siempre viviendo con lo que tienes.

- Y si no quieres ir al cole, ¿qué pasa?.

- Tendrás que mirar por qué no quieres ir. Por qué te revelas a aprender, si es por vago....Bueno, ya ves

cuantas veces me estoy saliendo del cuento.

- Es que, abuela, hay cosas que no entiendo.

- No las quieras entender, deja que ellas entren dentro de ti. Luego, un día, algo hará clic y, entenderás pero de una manera diferente. Y como te iba contando.....

El arbolito no hacía más que quejarse y quejarse, y la casita, estaba empezando a cansarse de animarle y que él no le hiciera caso.

- Qué es lo que le decía?

- Muchas cosas. Que intentase levantar un poco la cabeza y mirara al cielo. Que incase bien los pies en la tierra para que se hiciese fuerte por dentro....

- ¡Ves, otra vez no entiendo nada!. Dices que metiera bien los pies en el suelo, y a mí, la amá, no me deja meter los pies en los charcos.

- Es que es diferente. Para él, meter los pies en la tierra es como cuando tú te metes comida en la boca para alimentarte. Los árboles chupan la comida a través de las raíces, y cuando más profundamente introducen los pies, más crecen luego hacia arriba.



Como te iba contando, la casita le hablaba, pero él seguía quejándose, hasta que un día de otoño, un fuerte viento comenzó a sacudir el lugar. Fue tan fuerte el viento que, muchos árboles frondosos, cayeron ante el huracán.

A la mañana siguiente, mucha gente se acercó hasta la casita para ver si seguía en pie, y la casita seguía más erguida que nunca, pues, dentro de ella, estaba el arbolito y tuvo que estar toda la noche cuidándole. Hizo que sus paredes se apretasen de tal forma, que el viento no pudo con ella. Todos los que se acercaron a mirarla se quedaron sorprendidos al ver que, todavía, seguía tiesa y desafiante, sobre todo, después de que el viento se hubiera llevado todas las que tenía delante, incluso alguna de aquellas casitas nuevas.

- ¿De las recién pintadas?

- Sí, de aquellas tan tontas que se reían de la casita vieja.

- Pero, ¿cómo pudo echarles el huracán si eran jóvenes, como yo?

- Porque la vida no entiende de jóvenes ni viejos. Uno vive lo que tiene que vivir, y punto.

Entonces, la casita vieja volvió a hablar con la ramita y le dijo: ¿Ves cómo no ha pasado nada?, ¿cómo has resistido el huracán?

- Sí, porque tú me has ayudado, le contestó el arbolito.

- Es verdad que yo te he ayudado, pero, ¿dónde estaban tus pies?

- Bien metidos en la tierra. Fíjate qué metidos los tenía, que ahora soy más pequeño que antes.

- No importa. Primero hay que ir para adentro, muy adentro, hasta que encuentres el corazón de la vida. Luego, llegará el día que cuando lo encuentres, saldrás con todo el esplendor hacia el cielo, y tus ramas, se harán tan grandes y frondosas, que dará cobijo a todos los pájaros del entorno, y los hombres del pueblo, vendrán a sentarse en tu sombra.

- Abuela, no sé si es porque tienes muchos años pero, no sé si te funciona bien la cabeza. Me estás contando unas cosas rarísimas que no entiendo nada.

- ¿Y qué quieres entender?

- No lo sé. Eso que dices de meterse hacia dentro, ¿es cómo cuando yo me meto en la cama y me tapo





todo sin que se me vea nada?.

- No es eso. Es que se me olvida que sólo tienes nueve años.

- Pues soy muy mayor, fíjate qué brazos más gordos tengo, y casi te he cogido.

- Pero de lo que yo te hablo es diferente. ¿Cómo te lo explicaría para que lo entendieses?. Cuando quieres hacer un rompecabezas o un puzzle, ¿qué es lo que haces?.

- Primero me siento. Luego, cojo la pieza y me quedo callando y mirando hasta que veo cuál es la pieza que tengo que colocar en su lugar.

- ¡Ves!. Primero estás muy atento y callado. Es lo mismo. Si estás distraído y hablando en todo momento, nunca descubrirás nada en tu vida.

- Abuela, sigue con el cuento. Porque no sé qué tengo que descubrir, pero me da lo mismo. Se lo preguntaré al aita, aunque se reirá, como siempre que le pregunto algo que no sé o que me has dicho tú y no entiendo. Y me contesta: ¡descúbrela tú!. A veces pienso que él tampoco sabe lo que le pregunto.

- No lo creas. Claro que lo sabe, pero te contesta lo mismo que yo hacía con él.

- ¿Tú tampoco le decías nada?.

- Bueno, le contaba un cuento como hago ahora

contigo.

- Entonces, ¿este cuento es para que yo descubra para qué sirven los viejos?

- Yo no los llamaría viejos, sino personas que han vivido muchos años. ¿Quieres que termine el cuento?.

- ¡Claro que quiero saber lo que le pasó al arbolito!.

Pues que después de aquella fuerte tormenta, confió en la vieja casita y ya no se preocupó tanto de él, sino, más bien, de respirar el aire que venía de las montañas, de mirar el sol y disfrutar el calor que le daban sus rayos, de observar a los pájaros que poco a poco se iban posando en sus ramas, pero, sobre todo, cada noche, se preocupaba de que sus pies se metiesen más y más profundo en las entrañas de la tierra. Y después de mucho tiempo, se encontró un día en que ya no podía más estar dentro de la casita, y tuvo una conversación con ella.

- ¿Qué le dijo?.

Pues, la verdad es que no sabía qué decirle. Le daba vergüenza tener que hacerle daño con sus palabras, pero la casita, por ser ya vieja, sabía leer los pensamientos de los demás. Se adelantó al

arbolito, y como era un atardecer de verano y todo estaba en calma, le habló de esta manera:

- Ya veo que no puedes seguir arropado por más tiempo. Tienes que aprender a vivir tú sólo, con las inclemencias del tiempo.

- ¿Qué son inclemencias abuela?

- Aprender a vivir con el buen tiempo y el malo. Con los fuertes vientos y con la sequía, y a salir airoso de todo ello sin gastar la energía quejándote.

Entonces, el árbol se puso triste. Sabía que ya no le iba a tener más para charlar y para que le mimase como lo había hecho hasta ahora. Mientras pensaba todo esto, escuchó la voz de la casita que le seguía susurrando: "me voy, pero no olvides, que ya ha terminado tu aprendizaje. Ahora, te tendrás que valer por ti mismo. Aprende a vivir con lo que te echen, y recuerda siempre que el miedo es tu peor enemigo.

- Abuela, yo también, algunas veces, tengo miedo. ¿Es eso malo?

- Y tan malo, hijo. Gracias a él, nuestras vidas son mediocres y absurdas.

- ¿Qué es mediocre?

- Cómo te lo explicaría....¿Te acuerdas cuando no quisiste probar las fresas porque nunca las habías comido?. ¿O, aquella vez que lloraste porque no querías subir al tobogán?.

- Ya entiendo. También cuando no quise acariciar a Dick porque me daba miedo.

- Exacto. ¿Ves cuantas cosas se pierde uno por el miedo?. Eso quería enseñarle la casita al árbol; que siempre se enfrentase a lo que le dejara paralizado. Claro, con inteligencia.

Entonces, se quedó muy pensativo el árbol. Se daba cuenta de que la casita iba a desaparecer de su vida, pues él tenía que hacerse un árbol frondoso. Y, lloró.

- Pero, ¿cómo va a llorar el árbol?

Lloró. Todas sus hojas se llenaron de diminutas gotitas y sus ramas se doblaron, todas ellas, sobre las cuatro paredes de la casita. Era el abrazo de despedida de tantos días y años compartidos. Así estuvieron durante un buen rato los dos, en silencio. Y, de repente, se oyó un terrible estruendo, y lo que quedaba de la casita, se desplomó, y sus trozos se desparramaron lejos del arbolito para no causarle daño. Fue tan grande el ruido que hizo al derrumbarse,

que la gente del pueblo que en ese momento dormía la siesta, se despertó sobresaltada creyendo que un rayo había caído en alguna parte del pueblo. Pero cuando se asomaron a las ventanas, quedaron sorprendidos del día tan luminoso que hacía, no había ni tan siquiera una nube.

Todos salieron a la calle para saber qué es lo que había ocurrido, pero al ver que todo estaba normal, y empujados por una curiosidad, comenzaron a caminar hacia la casita. Mucho antes de llegar a ella, se encontraron con trozos de piedra, y cuando llegaron al lugar, se quedaron con la boca abierta al ver que nada quedaba de ella. En cambio, en su lugar, se alzaba un majestuoso árbol, alto y erguido. Ni tan siquiera se pararon a contemplar la belleza de aquel lugar. Sólo sabían criticar a la casita, todos decían que era una tonta, que después de haber pasado tantas tormentas en su vida, ¿cómo se podía caer en un día en el que brillaba el sol de aquella manera!.

Pero hablaban así porque, en el fondo, todos tenían pena de que hubiera desaparecido la casita, y también sabían que por algo muy especial lo habría hecho.

Empezaron a dar vueltas alrededor del árbol, y de pronto, uno gritó: ¡mirad el árbol! Está lleno de gotitas de agua, y eso que hace un calor asfixiante. ¿A qué se deberá?.

Cada cual daba una explicación según su forma de ver la vida, pero nadie supo jamás, que el árbol lloraba de agradecimiento.

- Abuela, te has quedado callada. ¿Se ha acabado el cuento?.

- Se ha acabado, pero dicen que cuenta la historia que, aquel árbol, se hizo tan grande y majestuoso, que no sólo se cobijaban los pájaros, sino que las gentes del pueblo, cuando hacía mucho calor o necesitaban descansar después de sus labores, siempre se acercaban a aquel lugar, y se sentaban debajo de sus ramas. Y decían que algo especial había en aquel paraje.

Y ahora, dime si has entendido algo sobre si sirven para algo los viejos.

- Entender, entender...no lo sé. Pero sé que yo te quiero como le quería a Dick, y sé que el día que te mueras, voy a llorar tanto como lloré cuando murió él.

- Y, ¿por qué me vas a llorar?.

- Eso dice la amá, que no hay que llorar, que Dick no se ha ido. Pero, yo no lo veo...

- El que no lo veas no quiere decir que no te siga queriendo como yo lo haré.

La abuela atrajo hacia sí al muchacho, y los dos se fundieron en un abrazo.